

**FACULTAD LATINOAMERICANA DE CIENCIAS SOCIALES
SEDE ECUADOR
PROGRAMA ESTUDIOS DE ANTRPOLOGIA
CONVOCATORIA 2008-2010**

**TESIS PARA OBTENER EL TÍTULO DE MAESTRÍA EN ANTROPOLOGIA
VISUAL Y DOCUMENTAL ANTROPOLOGICO**

**PROCESOS DE IDENTIFICACIÓN CON EL PATRIMONIO ARQUEOLÓGICO:
EL CASO DE LA TOLITA PAMPA DE ORO (ECUADOR)**

MIGUEL ANGEL RIVERA FELLNER

**ASESOR DE TESIS: FERNANDO GARCIA
LECTORES/AS: MALENA BEDOYA Y MICHAEL MUSE**

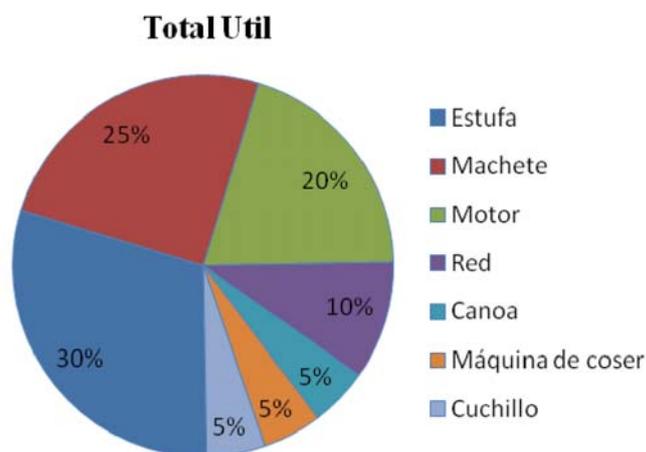
JUNIO 2011

ÍNDICE

INDICE	5
RESUMEN	6
CAPÍTULO I: INTRODUCCIÓN	7
CAPÍTULO II: CONTEXTUALIZACIÓN TEÓRICA Y DEL CASO DE ESTUDIO	15
Definición del concepto de apropiación y el marco conceptual en el que se inserta	16
Breve contextualización histórica, económica y geográfica del caso: La Tolita Pampa de Oro	23
CAPÍTULO III: IDENTIFICACIÓN DISCURSIVA Y PRÁCTICA DE LOS TOLITEÑOS CON LOS VESTIGIOS ARQUEOLÓGICOS	43
Las formas de apropiación actuales y las características de una ruptura generacional	43
El valor de los objetos arqueológicos para los toliteños	72
Formas de identificación de los toliteños actuales con los prehispánicos (comparación con el caso de Agua Blanca, Manabí)	89
CAPÍTULO IV: LAS FORMAS DE APROPIACIÓN, VALORACIÓN E IDENTIFICACIÓN DEL ESTADO ECUATORIANO CON “LA TOLITA”	106
Análisis de los museos del BCE	106
Los soles de oro del Ecuador como paradigma de la exclusión y el centralismo “patrimonial”	112
CAPÍTULO V: CONCLUSIONES	119
BIBLIOGRAFÍA	122

Entre los objetos útiles (gráfico 3) sobresalen el machete y la estufa a gas. Sus razones son obvias: la versatilidad del primero para las labores agrícolas y pesqueras, y la comodidad y velocidad de la segunda para preparar alimentos. A diferencia de la estufa, el machete debe ser reemplazado regularmente, mínimo un par de veces al año, pero es indispensable para la cotidianidad productiva local, por lo cual la mayoría (tanto hombres como mujeres) tienen más de dos machetes disponibles. Y no es que hayan sido exclusivamente las mujeres las que eligieron la estufa o los hombres el machete. Para ambos géneros cada uno de estos objetos tenía la misma relevancia según la encuesta: en tres de los cinco hogares en donde se realizó la encuesta y se eligió el machete, los encuestados eran hombres y las dos restantes del género complementario; mientras que tres hombres y tres mujeres eligieron a la estufa como su objeto mueble más útil.

Gráfica 3: Distribución porcentual de los objetos útiles identificados en el ejercicio “Museo Doméstico”¹⁷.



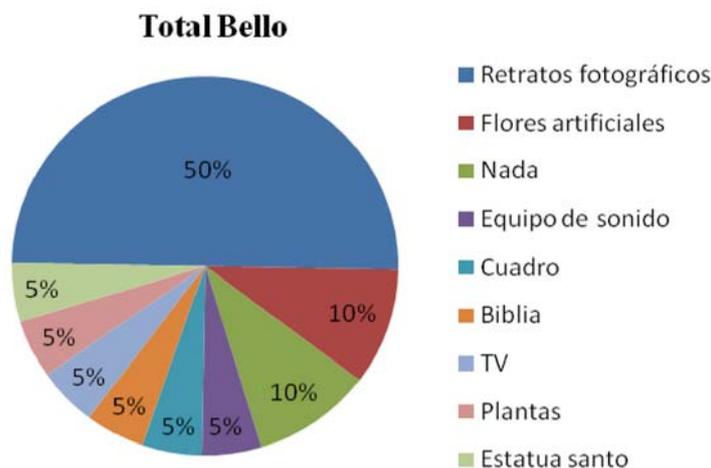
¹⁷ El uso de gráficas estadísticas en este documento no exime la crítica de este tipo de recursos para las demostraciones de “superrealidades” cuantitativas. Estas gráficas son sólo ilustraciones que muestran la recurrencia y variabilidad de las respuestas de este ejercicio etnográfico y no pretenden ser radiografías fieles de la valoración de los objetos en esta población sino una guía para comprender la forma en la que valoran los objetos que los rodean.

Los demás objetos mencionados como los más útiles siguen refiriéndose a labores productivas, destacándose las labores de pesca representadas por un 35% de objetos mencionados y relacionados directamente con estas labores (motor, red y canoa). Si bien muchos toliteños prefieren la tierra firme y la agricultura, los conocimientos pesqueros y de navegación hacen parte del trasfondo tecnológico y ambiental más común e importante de la isla. Este punto es clave ya que, como se verá más adelante, esta intensa apropiación territorial va a servir de puente en su relación imaginada con el amerindio extinto (lo cual se puede ver también en los sueños, en los cuales los lugares son detallados y reconocidos como el tema de comunicación con “los indios”). Pero también es clave teniendo en cuenta que estas actividades son relativamente recientes para los toliteños como actividades productivas cotidianas.

A partir de este ejercicio es posible decir que la valoración de la utilidad de un objeto por parte de estas personas se basa en la versatilidad y capacidad de este objeto de servir en la provisión de alimento y dinero por medios agrícolas y pesqueros. Algo que parece una perogrullada a la vez que un reduccionismo. Sin embargo, este ejercicio no esperaba ir más allá de lo observado superficialmente, sino ratificar que la valoración que estas personas le dan a los vestigios arqueológicos no es tanta como yo lo esperaba al comienzo de esta investigación. A su vez, este ejercicio buscaba ver lo más significativo, invitando a los encuestados a elegir uno entre tantos objetos que componen su vida diaria, por lo que muchas veces dudaban un buen tiempo o decían “todo es útil”, o “todo lo que tengo es bonito” o “es mío”.

En las respuestas a estos dos últimos (los objetos más bellos y propios), surge un resultado inesperado: el altísimo valor de los retratos fotográficos. Sin embargo, este tema requiere un tratamiento más profundo y especializado que no se aborda en este trabajo sino indirectamente. Lo que interesa de ese valor de la fotografía radica en la memoria, lo cual lo conecta con los demás objetos que componen las respuestas de lo propio, mientras que las respuestas de lo bello (que no fueron fotografías) se centraron en el placer de ver (las flores, el cuadro, la TV), sentir (el equipo de sonido, nada) o cuidar (el santo y la biblia).

Gráfica 4: Distribución porcentual de los objetos bellos identificados en el ejercicio “Museo Doméstico”



Antes de exponer mi interpretación de esta altísima recurrencia de la referencia a las fotografías como los objetos más bellos poseídos por los toliteños encuestados, se debe aclarar que probablemente este gráfico hubiera sido distinto si hubiese tomado en cuenta la primera respuesta que me dijeron 4 personas más en esta pregunta: la televisión. Cinco personas (la cuarta parte de los encuestados, más uno que ofreció esta respuesta en lo útil, ya que le ayudaba a enterarse de las noticias) consideran que la TV es una fuente de belleza. Pero sólo se dejó a uno porque, ante mi insistencia para que se refiriera a una fuente de belleza que no necesite energía eléctrica ni que sea emitida desde tan lejos, fue el único que no ofreció más opciones (los demás cambiaron sus respuestas así: dos hacia las fotografías, uno hacia las flores artificiales y uno hacia las plantas).

La televisión les hace sentirse más conectados con el exterior de la isla, habiendo por lo menos cuatro familias con televisión satelital y las demás con antenas de aire que reciben especialmente un canal privado colombiano. Estos vienen acompañados y conectados, por lo general, con un equipo de sonido y un reproductor de dividís, lo que los hace verdaderos centros multimedia en donde se combina la música, el cine y la televisión en sí. Pero más allá de estas respuestas, lo bello no sólo les traía ideas acerca del placer o el ocio, sino de la bondad, la tranquilidad y el “cariño” (de un modo casi sagrado), con



Fotografía 8: ejemplo de retrato fotográfico, en el cual se nota los retoques realizados por un artista así como su visible ubicación en la sala de uno de los hogares encuestados.



Fotografía 9: los retratos fotográficos, como objetos valiosos por la idea de belleza que contienen, son ubicados cuidadosamente en las partes más visibles de las viviendas, compartiendo espacios con objetos imágenes también consideradas bellas para sus propietarios.



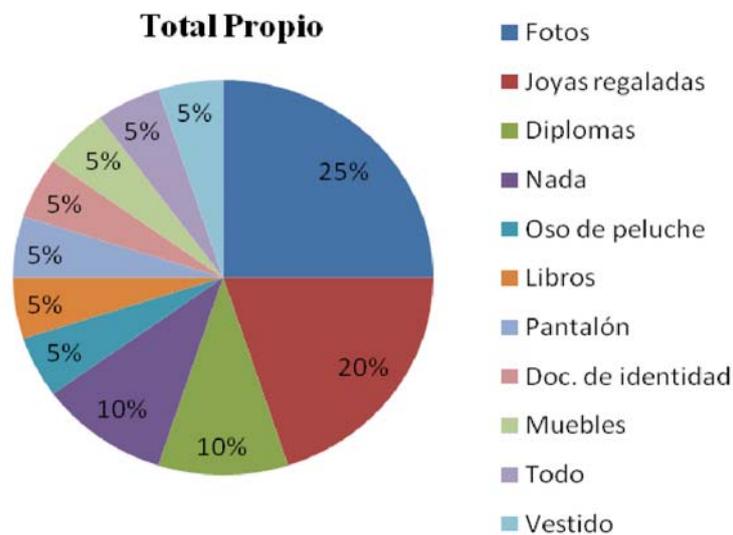
Fotografía 10: a pesar del rápido deterioro que en esta zona geográfica alcanzan las fotografías, estas, cuando no pueden ser enmarcadas, son cuidadosamente guardadas en biblias, bolsas plásticas o incluso, como en este caso, en el manual del motor fuera de borda.

expresiones como: “lo más bonito es mi familia”, “mis hijos”, “mi trabajo”. Casi todos los encuestados comenzaban respondiendo de esta manera, por lo cual era muy común recordarles que el ejercicio giraba en torno a los objetos, quedando suficientemente en claro cómo las fotografías son apoyos de la memoria para la generación de esos sentimientos de sobrecogimiento y añoranza.

El valor que parece tener el retrato fotográfico en relación con otros objetos radica más en la imagen que contiene que en la calidad del medio (ya que es muy frágil), siendo esta imagen un viaje en el tiempo, un apoyo memorístico del yo, del amor compartido, especialmente el familiar. En este sentido, mientras en lo útil las características como la dureza, resistencia y versatilidad eran las que guiaban la valoración, al preguntárseles sobre lo bello, lo que terminó guiando la selección de los objetos eran los sentimientos que estos generaban. (En este caso, la fotografía no es el medio de la imagen en sí, sino un referente para la imagen mental, la cual es mucho más importante que la imagen física colgada en la pared).

En este juego que trataba de decantar emociones en los objetos parece consistir la referencia a lo propio, ya que la más de las veces, los objetos elegidos hacían parte de la memoria de ahora o para el futuro, es decir, de la herencia. Cada uno de los objetos enlistados en la gráfica 4 son para recordar logros personales (como los diplomas), parientes (especialmente de mayores a menores y viceversa) o para dejar un legado a sus descendientes.

Nótese la distribución de los tres gráficos, en los que resalta la variabilidad de las respuestas para tan pocas encuestas (a pesar de ser una proporción significativa con respecto a la totalidad de hogares del recinto), siendo la más variable de todas, como se esperaba desde un principio, la que se refiere a lo propio. En este punto también hubo mucha dificultad al tratar de hacerles ver qué era lo que yo esperaba que me mencionaran como propio, ofreciéndoles que pensarán en lo propio como en lo más íntimo y personal que tuvieran.



Gráfica 5: Distribución porcentual de los objetos propios identificados en el ejercicio “Museo Doméstico”

Todo este panorama nos permite ver cómo la productividad y la memoria de los hogares son ejes fundamentales que rigen las formas de valoración de los objetos, constituyéndose en pilares de la significación del mundo, es decir, de la imaginaria. En este sentido, especialmente relacionado con la productividad (ya que el análisis del valor de la fotografía queda para una disquisición posterior al rebasar los objetivos de esta investigación), en la que juega vital importancia la configuración del territorio, es en el que ellos se relacionan más directamente con los antepasados extintos.

Pero antes de entrar en esta interpretación, es necesario resumir las técnicas que complementaron este ejercicio. Por medio de un ejercicio de la imaginación, se trató de explorar cómo adjudican valor en términos de utilidad, belleza y propiedad (sin pretender que estos sean los únicos términos por medio de los cuales explorar el valor) los adultos de la comunidad. Por su parte, tanto con jóvenes como con niños se realizó un ejercicio de exploración de la forma en la cual entienden su espacio en La Tolita y, ver si en este espacio los montículos artificiales (llamados “lomas” o “tolas”) tienen alguna relevancia. Así como se esperaba la manifestación explícita de los objetos arqueológicos como bellos o útiles en las encuestas del museo doméstico para saber si eran o no valorados de un modo

significativo, en los dibujos se esperaba inferir la relevancia de estas “lomas” por medio de su presencia o ausencia en éstos.

Para el caso de los niños, se trabajó con un grupo escolar, del cuarto grado de primaria de la escuela del recinto gracias a la colaboración de la maestra del curso Dalia Hinostrosa. Fueron en total 12 menores (5 niñas y 7 niños) de entre los 7 y los 11 años, los que se prestaron alegremente a dibujar. Si bien se esperaba que los resultados corroboraran lo que se halló en las entrevistas y en el museo doméstico, no se esperaba que fuera de este modo: ninguno de los niños mostró tola alguna, siendo por el contrario muy representativos el sol, la escuela, sus propias viviendas, el río y los árboles debido a la frecuencia en la que aparecen en los dibujos.

Si tomamos como cierta la premisa de la relación entre valoración y presencia en el dibujo de las tolas, es muy probable que estos dibujos hayan sido distintos para los niños de las décadas anteriores, ya que ni los recursos pesqueros eran tan explotados ni las viviendas tienen condiciones de electricidad como las tienen actualmente (por lo cual muchos niños pasan ahora más tiempo en sus hogares). De hecho, ninguno de estos niños ha visto o aprendido a covar o playar, por el simple hecho de que sus progenitores o protectores ya no practican esta actividad de un modo intensivo.

Algo que se realizó como complemento para este ejercicio con los niños, fue la creación de un dibujo por cada uno que mostrara qué querían ser cuando crecieran. Esta proyección hacia el futuro arroja también resultados muy homogéneos, ya que 6 de los 7 niños se dibujaron como personas armadas (un marino, dos militares, dos policías y un guerrillero) y 4 de las 6 niñas se dibujaron frente a una escuela, como profesoras de esta (las otras dos decidieron ir por caminos un poco distintos: una doctora en medicina y la otra como una evangelizadora). Estas proyecciones aportan pistas acerca de la forma en la que ven la vida adulta, mostrando que muchos de ellos esperan no quedarse para siempre en la isla y no hay muchas expectativas con respecto al trabajo agrícola o pesquero que realizan sus padres y madres.



Dibujo 1: Melissa, de nueve años, de nueve años, de nueve años donde más claramente se nota la ausencia de las tolas y la importancia de su vivienda para su representación del espacio, así omite detalles de la forma y ubicación específica de ésta.

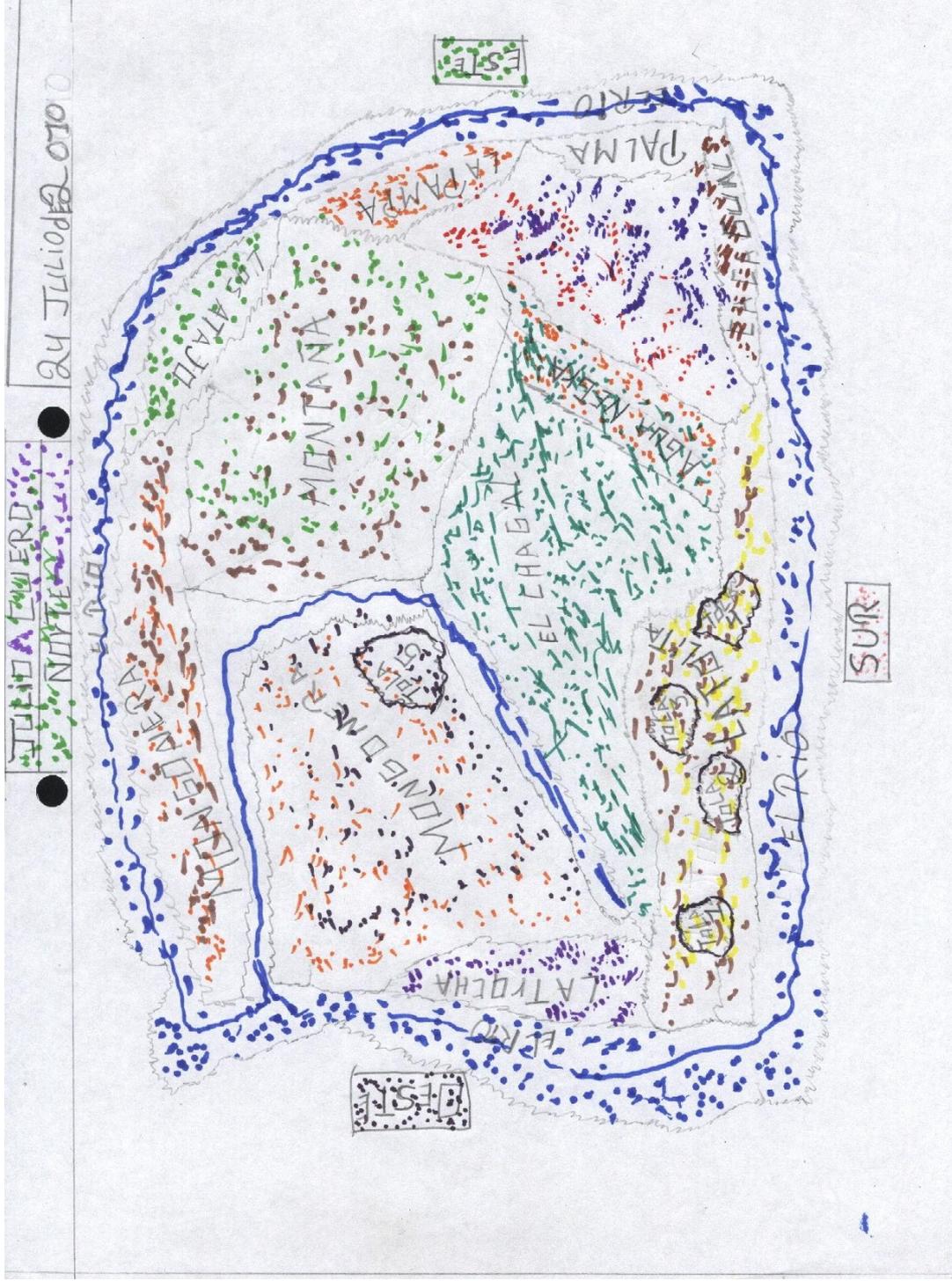


Dibujo 2: Alexander, de nueve años, pone en relieve tanto su hogar como las actividades pesqueras al darles tanto una ubicación en su pequeño mapa como al hacer énfasis en su pigmentación.

Por otro lado, se tuvo la participación de diez jóvenes, de un modo más disperso que los niños, y sus edades oscilan entre los 13 y los 25 años, también distribuido de un modo equilibrado de 5 mujeres y 5 hombres. Al ser más disperso, se pudo trabajar más individualmente con ellos, pidiéndoles cosas más específicas (que, después de hacer el dibujo, señalen cuáles son los lugares de trabajo, de descanso y los que más les gustan). Y a pesar de que en estos dibujos sí aparecieron los montículos artificiales, esto no se debe tanto a la valoración que tengan de las “lomas” en sí, sino que, como se verá, la única tola mencionada es un lugar de esparcimiento para jóvenes y adultos.

Lo primero que contrasta con respecto a las tendencias de los dibujos de los niños es que estos dibujos de los jóvenes tienden a mostrar más frecuentemente a La Tolita como un caserío antes que como isla, preocupándose en algunos casos de trazar exactamente las calles (mientras que en los niños se representaba a la vivienda de un modo aislado). Así mismo, seis de los diez dibujantes ofrecieron al menos la imagen de la “Loma del Tamarindo” (la que se encuentra justo en el centro del caserío) y uno de ellos trató de mapear las más importantes de toda la isla por medio de un plano que la dividía por sectores. Sin embargo, de estos seis que dibujaron tolas, sólo tres mencionaron que era un lugar para descansar ideal o que era su lugar preferido del recinto.

Aquellos que identificaron las tolas, lo hacían tanto por su importancia en las planicies de la isla como por la brisa que en ellas se disfruta. Pero al hablar específicamente de la “Loma del Tamarindo”, su valor además de ser referente espacial y lugar de brisa, radica en el carácter social que ha adquirido. Al igual que el muelle (en donde se puede descansar del calor), esta loma es un lugar de encuentro, donde se realizan múltiples actividades lúdicas y comunitarias.



Dibujo 4: "Macho", de 21 años, fue el único que trató de hacer un mapeo general de la isla, tratando de mostrar, como la mayoría de varones participantes en este ejercicio, la importancia del río.

Una diferencia que emerge de las experiencias entre los niños y los jóvenes es que, como se mencionó, sólo un par de niños había presenciado una actividad de extracción de piezas arqueológicas, mientras que ocho de los diez jóvenes aceptaron saber covar o playar (las que no sabían ni tenían experiencia alguna en eso eran dos mujeres). De entre estos, son los varones los que aún, esporádicamente, tal vez una vez al mes, salen a covar. Las demás mujeres adujeron un leve desprecio a tal práctica, tanto por las dificultades de hallar algo de valor como por los peligros que implica trabajar en aguas estancadas durante horas, y por las cuales ya no playan.

Es posible decir, basados en los resultados extraídos de los instrumentos expuestos (encuesta abierta “museo doméstico” y mapas etnográficos con niños y jóvenes) que los objetos arqueológicos difícilmente hacen parte del conjunto de objetos más valorados en la isla. Esto contrasta con la visión que se presentó de la extensa, intensa y prolongada (aunque decadente) práctica de la huaquería. Por un lado, existe una tradicional relación comercial e histórica con estos objetos que ha hecho que estos vestigios hagan parte importante de la vida cotidiana de los toliteños (es decir, existe una considerable apropiación); y por otro lado se tiene que la valoración de estos objetos es mínima en relación con objetos relacionados con las labores productivas y lúdicas, y los retratos fotográficos (entro otros).

¿Es posible decir en este punto que existe una identificación significativa de estos habitantes con los antiguos pobladores? Eso es lo que se tratará de argumentar, primero, a través de la descripción de la imagen que tienen los actuales toliteños de sus otros arqueológicos y, posteriormente, a través de la comparación con un caso en Manabí: Agua Blanca. En el siguiente pasaje espero demostrar cómo se establece esta identificación a pesar de la ausencia de una forma contundente de valorar estos objetos.

Formas de identificación de los toliteños actuales con los prehispánicos (comparación con el caso de Agua Blanca, Manabí)

Cuando se hace referencia a la identificación, no se homologa esta a la identidad. Como se vio en el capítulo II, la identidad hace referencia a un conjunto de elementos que se tratan de legitimar como autóctonos y específicos de un grupo social a partir de mecanismos de

anclaje a una tradición y, por lo tanto, de legitimar ciertas formas hegemónicas de esta tradición. La identificación, por su parte, es un fenómeno más dinámico, en el cual es la alteridad, antes que la identidad, la que posibilita este dinamismo. Conocer cómo se genera identificación parte del presupuesto de considerar que incluso nuestros seres más cercanos (familiares, amigos, compatriotas...) son “otros”, es decir, del principio de alteridad expuesto también en el capítulo II.

En esta medida, la identificación nunca es plena ni constante, por lo cual las identidades sólo son manifestaciones temporales de procesos de identificación más cambiantes. Por esta razón, buscar cómo se generan las imágenes acerca del amerindio extinto es necesaria para saber si existen puntos de conexión entre lo que los actuales habitantes *son* y lo que los antiguos toliteños *fueron*. Y estas imágenes y representaciones serán el punto clave de comparación con las formas de identificación que se generan desde el estado (siendo estas más parecidas a las identidades como entidades en sí que a los procesos de identificación que se tratan de investigar en este trabajo).

No es que los habitantes de La Tolita Pampa de Oro hablen siempre de la imagen que tienen de los indios. De hecho, esta aparece esporádicamente y poco. Pero sí se habla mucho de los hallazgos, los cuales parecen ser más interesantes que el “indio” y es un tema más recurrente y fácil de explorar cuando se tiene confianza. Al comienzo del trabajo de campo, para poder explorar la imagen que se forman acerca de lo amerindios extintos, debí ser muy insistente, casi hasta el cansancio, ya que siempre comenzaban con un “yo qué voy a saber” o “los que sabían de eso eran los viejos viejos”. De hecho, un amigo de La Tolita, Lodys Caicedo, me decía: “toda esa gente que usted necesitaba ahora está encontrada con los indios” (lo que también demuestra cómo progresivamente se ha ido perdiendo representaciones acerca de esos amerindios milenarios y por lo tanto, ha habido un distanciamiento).

A pesar de esto, se logró hacer aflorar ciertas discusiones que corroboran la hipótesis del proyecto, la cual dice que la imagen que construyen sobre ellos se basa en lo que los habitantes actuales consideran que son, tanto en comunidad como individualmente.

En términos generales, al preguntarles cómo se imaginan a ese “indio”, responden a partir de la diversidad que encuentran en su entorno, así como sobre las actividades

productivas que realizaban, como por ejemplo el señor Montaña, el cual no ve muchas diferencias con los actuales pobladores, al menos en su generalidad:

Habían de todo tamaño, así como nosotros, los indios eran igualitico que nosotros, lo mismo que nosotros; sino que lo único que ellos [los viejos] decían es que ellos comían moro: sin sal, comían sin sal ellos. Huesos de pescado también se encuentran, concha, todo lo que comían (...) en figuras se ha encontrado ese plátano, en figuras de tiesto. También cangrejo. Ellos comían sin químicos, ellos se alimentaban mejor. (Entrevista 03 Tarciso Montaña. Hombre, 58 años, La Tolita. 19/02/2010).

Asímismo, el señor Casierra encuentra muchas similitudes entre su forma de vida y la de ello, pero haciendo un mayor énfasis en las diferencias religiosas y tecnológicas

Aquí era un taller, aquí no había oro, no había ni el barro, ellos traían todo de arriba. Todas esas tolas que usted ve son hechas de ellos (...) como eran bastantes tribus ellos hacían columnas y llevaban a así [explicando con las manos una especie de cadena humana] hasta que llegaban a donde querían llegar (...) Cuando unos iban bajando ya otros iban subiendo con los brazos vacíos... ellos caminan rápido (...) Esto era un taller, así como la pequeña casa que yo tengo, que tengo un espacio para trabajar no más (...) entonces ellos traían barro de arriba y ellos de aquí llevaban el pescado, la concha, de aquí llevaban pa' comer a la gente donde hay el oro, pues Playa de Oro, todo eso allá, porque allá si hay minas, esto aquí no es mina, aquí todo es postizo, por eso es que hay partes que hay y partes que no hay, en cambio allá en Playa de Oro hay minas... (...) Acá venían a trabajar, no había gente como uno acá por gusto, no (...) ellos hacían lo siguiente: yo tenía este televisor y todas estas cosas que tengo aquí, hacían un hueco y me metían mis cosas cuando ya me moría, si tenía mi oro me lo ponían aquí encima, según como me enterraran (...) pero el que no tenía tampoco no le ponían nada (...) Había indios vagos, porque eso es vagancia, todos tenían que trabajar, no ve que tenían un taller que era para todos, era como una compañía [no se debe confundir con una corporación sino como un trabajo en compañía] (...) así también hay en esta humanidad, gente que no le gusta ni ir a tirar machete, no saben nada ni quieren aprender nada.

(...)

En esta época que le estoy hablando, 500 años antes de Cristo, ahí las cosas no eran como ahora: el pescado ahí no era con atarraya, solamente... hacían con arpones de palo nada más, se metían al agua y ahí agarraban el pescado, y cuando es concha, iban a agarrar concha, almeja, ostión... hay sectores de pura concha y ostión, montones. Ellos tenían buena comida aquí (...) claro pero como había más pescado (...) pero ahora con la atarraya y la malla de arrastre con eso agarran el chico y el grande y pues de todas maneras se termina (...)

(...)

[Razones por las cuales hacían las figuras] Pues cómo le digo... ellos eran como yo, pues artesanos, mas para ellos la artesanía valía bastante, pero en ese tiempo ellos veían un pájaro y ellos lo hacían (...) guerreros ellos hacían (...) ellos hacían de toda clase, lo que ellos veían: ellos veían a un tigre comiéndose a una persona de ellos mismos, porque a quién más podían comerse un tigre, en ese tiempo los animales salvajes eran grandes porque nadie los cazaba, pero eso también los hacían ellos. Ellos hacían la lechuzas... conchas, jaibas, monos, venados, lagartos, pescados (...) Ellos vivían de esas cosas, su trabajo de ellos era ese, porque no tenían nada más que hacer, se dedicaron solamente a eso y aquí como le digo era un taller. (Entrevista 06 Wilfrido Casierra "Wicho". Hombre, 50 años, La Tolita. 20/02/2010)

El énfasis en el realismo de las representaciones arqueológicas que hacen varias de las personas con las que pude hablar, contrasta con varias de las figuras "míticas" (como las llaman en los guiones de los museos del BCE) que han hecho famosa a La Tolita. No sé si es cierta adjudicación de racionalidad a estos antiguos pobladores o a una omisión pasajera.

Esto se podría complementar con ciertas visiones que hacen que las imágenes se generen más por el contacto con los artefactos y por medio de los hallazgos que con una comparación con la contemporaneidad vivencial de los actuales pobladores, llegando incluso a realizar aseveraciones que, si bien pueden no ser verdaderas o racionales desde el punto de vista arqueológico, tienen la misma medida que el discurso científico. A continuación, dos afirmaciones de este tipo:

Lo que si puedo decir es que los indios dejaban podrir sobre la tierra a los que morían y después de muerto lo enterraban con todo lo que tenían, porque vivo no podían fundirle oro aquí [en el paladar], en toda la boca, le metían piedras esmeraldas en la nariz, en la boca (...) Sobre los huesos estaba el oro que le fundían ahí, eso estaba ahí pegao, pegao, pegao en los huesos. Ahí le ponían cualquier argolla que tenía, cualquier joya. (Entrevista 10 Esteban Rosales. 82 años, La Tolita. 22/02/2010)

De cómo vivían, ni idea. Lo que si me comentaban mis abuelos es que ellos eran como jíbaros, como animalitos del monte, no comían sin sal (sic), en eso me comentaban que por eso, hasta ahorita, los huesos están intactos (...) Lo que pasa es que de los indios hay distintas clases de versiones, y como uno no los conocía, como uno no trató con ellos, entonces no se sabe si... cómo le diré... si eran buena gente, mala gente (...) Para mí, para mí, me imagino que no me harían nada malo, no me harían daño. (Entrevista 09 Aida Castillo. 50 años, La Tolita. 21/02/2010)

Sin embargo, algunos usan referentes contemporáneos con los que no se identifican necesariamente (como en el caso de la anterior cita de la señora Castillo, al hablar de “jíbaros” y “animalitos”). Un ejemplo claro de esto nos lo ofrece don Franco Mideros, el cual combina estos referentes de alteridad contemporáneos junto con las evidencias dispersas en la isla (lo cual no le impide hacer aseveraciones que rompen con el concepto del tiempo arqueológico: lineal e irreversible - ver al final de la cita):

Yo pienso que esto debió haber sido como vivían los chachis por allá arriba: separaditos así, un lugar en otro, así cada quien vivía por su cuenta, no vivían unidos porque mira, hay cerámica hasta en eso guandales allá al fondo donde tienes que pasar enterrándote y todo para poder pasar, cada quien vivía por su lado. Lo que sí creo es que cuando moría algún cacique o un rey, alguien, esas tribus se unían; porque mira, cuando con Francisco Valdez abrimos la loma del Pajarito (...) vimos que en cada metro cambiaba la tierra, entonces supuestamente se imagina que cada tribu traía su tierra, ¿ya? (...) [Sabían eso] Porque las tierras no eras iguales y hay tierras que aquí no las encontramos, que aquí en la comunidad no hay, solamente la del fondo (...) que es como carbón, parece que eran quemaderos de carbón revuelta con huesitos, para acá no, es diferente. (...) De pronto igual que ahora tuvo que haber sido la vida, porque había, ponte, esos tipos que tenían oro, aquí se encuentran muchos indios que se han muerto y los han enterrado con todas sus cosas, entonces yo pienso que tenían también plata, que tenían, cómo le digo, poderes, unos vivían mejores que otros. De pronto al que hacía la mejor pieza ellos se la compraban, se la cambiaban por cosas, así; tenían como se dice una mejor forma, una mejor forma de vida, eso creo, no pienso que todos vivían iguales (...) Porque también se encuentran piezas hechas, como que no las hicieron bien, como que la persona que las talló no sabía bien.

(...)

Pero también te digo que hacían cosas que imitaban a la cosas de ahora, porque hay piezas que han salido con letras (...) B, X, así... así marcadas, talladas (...) Así porque mira, hay piezas de oro que tú miras aquí en La Tolita y tú quedas admirado, cosas que ahora las personas no las pueden hacer (...) o sea, un máscara de oro... me acuerdo que una persona hizo una plancha como una lata, eso se desenrollaba [vendida a los Polo]. (Entrevista 11 Franco Mideros. 45 años, La Tolita. 22/02/2010).

También arqueólogos e historiadores han alimentado las fuentes de interpretación de estos vestigios y de las formas de vida extinta, lo que ha permitido una fusión de tiempos que deberá ser explorada más detenidamente. Primero, se mostrará una forma esquemática de apropiación de conceptos arqueológicos, especialmente al estilo de un guía de museo interesado en el turismo:

Era una gente muy activa, una gente muy inteligente con una capacidad de pronto bien avanzada, no como con la que nosotros vivimos ahora (...) una gente que, cómo le digo, hacía las cosas a su imagen y semejanza; elaboraron muchas cosas, cosas muy bonitas, muy preciosas, o sea, atractiva pa'l turista y pa' la gente que vivimos aquí.

(...)

[Hablando sobre uno de los hallazgos realizados] Más o menos nos tiramos unos 5 días en ese pozo, hasta que llegamos hasta el final y covamos y cuando que rin: una pieza de oro, sacamos también un lote de 15 cabezas clásicas... la cabeza clásica la llamamos a las cabezas que ellos ya, con la inteligencia de ellos, ya perfeccionaron la pieza, a la pieza la hacían ya bien elegante, con un barro ya muy fino, ¿ya? Entonces a ese le llaman el periodo clásico; al periodo clásico, el tardío y el temprano (...) el temprano era el que recién están elaborando a hacer la pieza así mal amoldada, el tardío ellos ya empiezan un poco a perfeccionar, y el clásico es cuando ellos ya se lucen haciendo piezas muy elegantes, con buena nariz, con buen barro, con buena cocinada. (Entrevista 04 Lorenz Rodríguez Camacho. Hombre, 33 años, La Tolita. 19/02/2010).

No obstante, son los historiadores de secundaria los que han permitido la homologación de todas las formas de vida indígena, permitiendo así una asimilación de temporalidades que desconcierta a cualquier académico. A la vez, en los siguientes testimonios, es clara una narrativa que evidenciaría la forma hegemónica de construcción de la historia oficial del Ecuador, la cual ha estado centrada en el imperio Inca y el orgullo de tener un estado prehispánico:

En nuestro estudio, cuando nosotros estudiábamos, ahí nos daban por decir los indios eran mandados de Atahualpa y cuando vinieron los españoles, pues lo agarraron a Atahualpa y lo llevaron a Quito, entonces él les dijo, ah, porque lo que él decía, eso hacían ellos, por lo menos en la historia (...) entonces cuando lo agarraron y lo llevaron a Quito, él les dejó dicho que si no volvía dentro de tres días destruyeran todo y se destruyeran a ellos mismos. Él les ofreció un cuarto grande, inmenso, de oro, y después que les dio Atahualpa el oro, lo mataron. Entonces cuando los indios vieron que él no llegó dentro de tres días, ahí fue que quebraron... por decir aquí las piezas no se encuentran enteras, se encuentran todas quebradas, todas dañadas, porque ellos dañaron, ellos quebraron... imagínese que mis abuelos de antes me conversaban que cuando ellos llegaron aquí topaban, el los palos, topaban huesos de reptil así metidos en las horquetas... El cuerpo humano derretido ahí, en hueso. Cuando uno trabaja a veces encuentra entierros, me imagino que cuando ellos estaban aquí vivos, alguien se moría de alguna enfermedad, lógico lo enterraban, pero todo lo que ese indio había trabajado, le ponían ahí mismo, en la tumba, ahí le enterraban con todo. Entonces por eso en el tiempo de antes topaban las tumbas, con los huesos ahí y ahí al lado tenía

los oro, me imagino que ha de haber sido así, porque cómo explicar que usted topaba un hueso en una profundidad y a los lados tenga todo el oro todas esas cosas, entonces me imagino que lo enterraron con todo lo que había trabajado, con todo lo que él tenía. (Entrevista Aida Castillo 09. 50 años, La Tolita. 21/02/2010)

Este análisis de la señora Castillo parece ser contradictorio con su versión sobre la destrucción de las piezas cerámicas por parte del señor Yannuzzelli (ver supra), pero debe haber, tal vez, algún punto que permite la ruptura de ese análisis con el que acabo de citar; y esta ruptura se debe buscar no sólo en la forma en la cual ella concibe el tiempo y las diferencias entre la época Yanuzzelli y cierta época india, sino también en la forma en la que se desarrolló la entrevista. Tal vez incitándola a analizar esta aparente contradicción nos pueda dar pistas acerca de su raciocinio. Del mismo modo, el señor Casierra arma la historia y le da continuidad a la vida indígena, a partir de los mismos referentes (nótese que ambos tienen la misma edad):

Como ellos también eran salvajes, porque ellos no creían en Dios, no creían en nadie, sus santos eran las culebras, a una serpiente la agarraban y la ponían como santo; adoraban al sol, así eran ellos.. por eso hubo un problema con un jefe de ellos, ese fue Atahualpa... no me acuerdo. Pero esta historia si me la sé porque esta es la verídica. Él se fue a Quito, donde un tal... cómo es esa canción... bueno, él les dijo: “vea muchachos, si dentro de tres días no vengo” - porque él lo citó allá, porque iban a hacer un negocio, él le dijo que le iba a regalar un cuarto de oro que lo tapaba hasta donde... eran grandes, más que todo lo llenaban de oro, pa' darle eso a él, pero el no cumplió con eso. Después de que ya hicieron el trato de que él llevó las cosas, porque él ya sabía, les dijo: “muchachos, si dentro de tres días no regreso, el que pueda huir, huya, váyase, el que pueda matar mátese” (...) Los indios eran como los chinos: si alguna cosa podían matarse ellos mismos, así eran ellos. Por eso aquí en el mango que hicieron el Banco [se refiere a la excavación arqueológica dirigida por Fco. Valdez], ahí están los muertos atravesados uno encima de otro (...) Él les dijo: “mátense, huyan, si no estoy aquí es porque me han agarrado, porque el man me quiere matar”. Como no regresó a los tres días, ahí empezaron a matarse, a huir, ya este taller ya quedó... de ahí ya vinieron los españoles y se hicieron dueños de aquí de esto. Esa historia es de los viejos viejos, de los antiguos que cuentan eso, porque eso no está ni en libros. Los banqueros trabajaron ahí y sacaron todo eso, sacaban los huesos ahí enteritos... (Entrevista Wilfrido Casierra “Wicho” 6 (Hombre, 50 años, La Tolita) 20/02/2010.

Entonces vemos que, si bien es cierta la hipótesis general de la proyección de sus vidas sobre las de los amerindios extintos, es demasiado general y ambigua como para sostenerla

en este punto del argumento. Por lo tanto, se debe recapitular: las formas de apropiación y valoración del llamado “patrimonio arqueológico” depositado en La Tolita por parte de los actuales toliteños se ha basado especialmente en la huaquería con fines comerciales. Si bien existe un contacto permanente con estos objetos y estos a su vez les han proporcionado un precario mercado, es a partir de la imagen que tienen de ellos como navegantes, pescadores, artesanos y agricultores que les posibilita una conexión territorial, ya que sigue siendo, básicamente, el mismo ecosistema (reconocen casi todas las especies animales del entorno, por ejemplo).

Y no sólo en términos de prácticas de subsistencia a grandes rasgos imaginadas sino lo que ellos llaman el sentido de pertenencia, haciendo de La Tolita tanto su propiedad como su herencia, que aflora en los discursos explícitos pero se contradice, aparentemente, con la forma de interacción más directa que se puede lograr con estos amerindios extintos: la interacción con sus restos óseos. Explícitamente llegan hasta considerarlos sus antepasados de un modo general, o por lo menos propietarios de toda esta herencia, pero por un lado no recuerdan mucho sus sueños acerca de ellos y por el otro tratan los restos óseos como cualquier material sin valor ni con muestra alguna de respeto, de lo cual están conscientes y hablan de ello abiertamente. Sólo doña Dionisia había reflexionado una vez eso, gracias a un cura:

Eso decía el sacerdote, que si uno acostumbraba a hacerle algún rezo alguna misa, le dije “no sé, porque como dicen que ellos eran... no eran cristianos, eran sin bendecir, eran moros”. Si, ellos eran ariscos, pues los indios... ellos comían moro, ellos no comían sal, comían era así, simple. Ellos ahí... en esa loma que le digo que salía harto oro, en esta loma. Hasta muñequitos de hueso bien elaboraditos uno sacaba. Eso sacaba una cantidad de conchas de pateburro, de... porque era lo que ellos comían. Hartísima... eso, usted lo que uno lavaba y sacaba así era fiestones de conchillas, hartísimas, que era lo que ellos comían amontonaban ahí (Ent. 27. Dionisia Montaña – mujer, Aquiles Hinostrosa – hombre. 59 y 74 años. La Tolita. 01/08/2010).

A continuación, se enlistará un conjunto muy homogéneo que representa esta aceptación explícita de la propiedad y patrimonio de La Tolita para los “toliteños”. Se debe tomar en cuenta que durante esta pregunta se les puso a decidir entre dos entidades no más, las cuales son muy ambiguas por cierto: de quién es lo que hay en La Tolita, todo ese patrimonio

arqueológico, ¿del Estado o de ustedes? Esto se debe aclarar ya que podría condicionar poderosamente la pregunta (algunos, sin limitar las opciones, pudo haber dicho, por ejemplo, de Dios, o de la Humanidad o de Nadie)

Dicen que es del estado porque está en la tierra. Lo que pasa es una cosa aquí, el gobierno hace las cosas mal hechas: uno es el que saca esas cosas, fuera que lo premiaran con algo, pero hay cosas que han salido y se las han llevado a otro lado, pero se deberían quedar aquí mismo. Están ganando plata porque los turistas en cada visita tienen que pagar y a uno ni siquiera le dicen: “le voy a hacer una buena casa o a gratificarlo con algo”. (Entrevista 03 Tarciso Montaña. 58 años, La Tolita. 19/02/2010).

Sin embargo, la respuesta que ofrece doña Aida es contundente en términos de supervivencia:

Pues yo me imagino que esto le pertenece a la gente que vivimos aquí, porque nosotros hemos vivido, nuestros abuelos, por decir, nuestro árbol grande, nuestras ramas, nuestro tronco, nuestras raíces, todos de aquí, entonces yo estoy de que esto nos pertenece a nosotros (...) [A los indios] Yo los considero como parte de mi familia (...) como dijeron mis abuelos “ellos murieron y me dejaron esto”, entonces yo, los considero unos héroes, no sé que parte de mi familia, porque yo me imagino que mis abuelos bastante vivieron con esto y que si no hubiera sido por ellos, mis abuelos qué hubieran hecho, de qué se me hubieran mantenido, de qué se hubieran comido el verde, el pan (...) [Eran unos héroes] Porque trabajaron para dejarnos algo (...) porque yo me imagino que si no hubiera sido por los españoles, nosotros tendríamos más, habíamos tenido más porque los españoles fueron los que se llevaron nuestro... qué le podría decir... nuestra herencia, se llevaron nuestras herencias, se llevaron más de lo que nos dejaron. (Entrevista Aida Castillo 09. 50 años, La Tolita. 21/02/2010)

Don Domingo Rosales nos habla de ese sentido de propiedad desde un punto de vista más visceral, el cual, como hijo de la señora Daysi a la que le fue expropiada su suerte, argumenta:

O sea, yo más bien entiendo de que lo que... hay un decir de que lo que le pertenece a uno no hay nadie quien lo quite ¿no? y hay veces, cuando la gente se iba a cavar hacía un hueco uno aquí, el otro hacía acá, el que hacía acá no sacaba y el que hacía acá sí sacaba. Entonces, eso nosotros lo llamamos de que lo que estaba acá eso le pertenecía a uno. Entonces, eso más bien nosotros decimos de que ese interés le pertenecía a ella porque él vino justo y le dijo a ella (Ent. 20. Domingo Rosales. Hombre. 43 años. La Tolita. 21/07/2010).

En la misma lógica, Washo expone sus argumentos, los cuales no distan mucho de las premisas de esta investigación: la apropiación genera identificación. Sin embargo, el argumento de Washo se centra más en el carácter patrimonial del territorio, mientras que el mío trata de mostrar que esa identificación es constante, pero encuentra anclajes tanto en el tiempo como en el espacio a partir de la legitimación de las temporalidades y territorios implicados en las relaciones sociales que giran en torno a los vestigios arqueológicos. Al preguntarle sobre quién cree que es el propietario de la isla, responde:

Claro, de pronto el Estado, claro, no sé si yo esté equivocado, pero... claro, en este rato, por ejemplo, claro, el Estado, pues, y muchas versiones, pero nosotros como custodiadores... como la gente que hemos estado custodiando y que hemos... y que estamos viviendo acá en este lugar, donde somos... nosotros somos testigos de la gran negligencia que el gobierno, eh, nos ha sometido a vivir acá y que nosotros ser tan fuertes y haber podido haber subsistido o estar o permanecer aquí en este lugar, como que nos convertimos nosotros en dueños de este lugar, porque nosotros hemos custodiado y hemos... somos los que aguantamos todo acá, pues. Y el gobierno no más dice “esto me pertenece”, pero “me pertenece” pero no lo cultiva pues. Es como que yo tenga una propiedad, una finca y que yo no más la considere mía de nombre, mientras que no la tengo en buen estado pues. Entonces, algo que a mí no me ha cos.. que digo que es mía... que yo digo que es mía porque de pronto yo me auto nombro que es mía peor yo no he pagado ningún recurso ahí. Y si yo no la tengo, ¿qué hace otro? La cultiva pues, y quién la cultiva viene a ser el dueño de eso porque ya ha invertido su tiempo y todo... Hemos nacido y hemos crecido y nos estamos envejeciendo acá y sin recibir ninguna ayuda directamente del gobierno, pues. Entonces, nosotros como que nos sentimos dueños de esta isla (Ent. 23. Washintong Mendez. Hombre. 32 años. La Tolita. 25/07/2010).

Nacer, crecer, soportar, aguantar, sobrevivir son formas de temporalidad en la isla que hace que, a pesar de esa forma “destructiva” de apropiación y valoración, se justifique una identificación que legitima la tenencia y usufructo de la tierra y del río, también de las tolas. Además, estas formas recurrentes de temporalidad en relación con el Estado se despliegan en un territorio que sostiene un ecosistema similar al de los antiguos habitantes, por lo cual esta identificación encuentra un pequeño y muy político asidero en las consciencias de los líderes de La Tolita (líderes sin una unidad activa), permitiendo que el reclamo de sus derechos patrimoniales sobre la isla despegue.

Para exponer de un modo más contundente este punto, debo hacer un giro, una comparación con un caso excepcional en Ecuador, en donde surgió la forma de identificación descrita arriba. Este caso es Agua Blanca, dentro del Parque Nacional Machalilla en la provincia de Manabí. Durante una excursión un poco accidentada tuve la oportunidad de acompañar a un grupo de 10 personas de La Tolita Pampa de Oro a esta comunidad del 9 al 12 de abril de 2010 durante mis actividades como capacitador en el proyecto *Puesta en valor de los recursos patrimoniales del yacimiento arqueológico de la Cultura La Tolita en la comunidad afroesmeraldeña La Tolita Pampa de Oro del cantón Eloy Alfaro en la provincia de Esmeraldas* coordinado por Fernando García (2010), para FLACSO y el Ministerio de Cultura del Ecuador.

En este breve viaje, se aprendieron varias cosas, especialmente para las personas de La Tolita, quienes vieron cómo es posible un turismo basado en recursos arqueológicos y administrado comunitariamente. Si bien hay varios puntos que distancian significativamente cada experiencia comunitaria con el patrimonio arqueológico, sobresalieron aspectos que posibilitan la comparación. Varias características hacen única a Agua Blanca. Primero que todo es un ejemplo de cómo un trabajo de rescate puede desencadenar procesos políticos de reivindicación de tierras, ya que los primeros recursos del museo provenían de un oleoducto que pasaba por la zona y en el que trabajó Colin McEwall a mediados de la década de los ochenta.

Además, por su carácter relativamente autónomo, tiene características bien particulares en relación con museos oficiales. Las piezas, arqueológicas o no, que no están dentro de vitrinas, se pueden tocar y tomar fotografías (sin flash) y videos, incluso uno de los guías (siendo todos de la comunidad) tocó un churo (una gran concha de caracol) y lo dejó interpretar por los que quisieron. En una parte casi vacía, aunque un poco retirado de los demás estantes, hay uno lleno de trofeos de fútbol ganados por la comunidad. También hay una pequeña colección de reptiles de la zona conservados en frascos con formol, especialmente serpientes halladas en tumbas y sitios arqueológicos; asimismo, mutaciones animales, como pollos de 4 patas, y una máquina de escribir antigua. Los yacimientos *in situ* han sido adaptados y cubiertos, especialmente desde la devoradora erosión ocasionada por la combinación de sequías duras y lluvias intensas durante el fenómeno del niño entre

1982 y 1983. En muchos lugares han encontrado restos muy importantes de ceniza y carbón, lo cual explican así: “las culturas antiguas sabían que iban a ser invadidas” por lo cual quemaron los reservorios de maíz.

El guión del museo reproduce una historia lineal en donde los primeros habitantes de la zona del primero se dedicaban a la pesca, agricultura y comercio, siendo después parte del señorío de Salangome (“como un cantón”), el cual hacía parte de una confederación con otros tres señoríos. Los líderes de la comunidad, que son los gestores principales de las actividades de conservación y turismo, usan a Ingapirca como referente de intervención y aprovechamiento arqueológico. Se nota cómo los guías se han apropiado de cierta parte del discurso científico arqueológico, ambiental y geológico.

Los aspectos de contraste salieron de entrevistas grupales que tuvimos los visitantes con algunos líderes de la comunidad de Agua Blanca. El primero de ellos, y más importante desde mi punto de vista, es la relación que tiene el museo con el movimiento social de reivindicación de tierras que se gestaba desde mediados del siglo XX. Los planes de reivindicación de tierras pasan directamente por la relación de continuidad y herencia entre los actuales pobladores de la zona y los antiguos habitantes, identificados desde la disciplina arqueológica como *manteños-hualcavincas*. Al legitimar su derecho ancestral a esta zona desértica por medio de la herencia directa entre los antiguos y los actuales pobladores, el patrimonio arqueológico es tomado como evidencia de esa herencia.

En este punto, se han vuelto significativas las piezas antropomorfas que, según los líderes comunitarios, es la prueba más contundente de esta herencia, mostrando los parecidos fenotípicos de los actuales pobladores con esas representaciones de rostros antiguos (fotografía 11). Este tipo de comparaciones parecerían imposibles en La Tolita, debido especialmente a la falta de una continuidad histórica que permita vincular a los antiguos con los actuales habitantes. Sin embargo, muchos de los asistentes aseguraron que sí, que hay cerámicas que muestran rasgos más de “negro” que de “indio” (fotografía 12), por lo cual creen que sí se podría dar esta relación. Pero más allá de esto, se reconoció que al menos hay algo irrefutable: el medio ambiente en el que habitan es el mismo, lo que les permitiría hacer una conexión con los antiguos habitantes en términos de esa relación.

Sin embargo, este argumento se rompe fácilmente debido a que La Tolita no ha experimentado un proceso de reivindicación colectiva de las tierras, mucho menos apoyada en una ocupación ancestral. A esto se le suma que La Tolita está marcada significativamente por una historia de apropiación intensiva y destructiva de ese patrimonio arqueológico, cosa que no es tan patente o al menos bien ocultada en Agua Blanca. Mientras que en La Tolita es algo muy cotidiano el hecho de huaquear y apropiarse de esas piezas y destruir tumbas sin mucha reflexión al respecto, en Agua Blanca existe sistema de normas comunitarias que impiden el saqueo, incluso si este se debe a razones como la construcción de una vivienda.

Estas normas comunitarias o estatutos del cabildo incluyen la evaluación de la posibilidad de integrar una familia compuesta por alguien de la comunidad con alguien que no es nativa, lo cual disminuye la movilidad y el ingreso de personas foráneas al proyecto comunitario. Mientras que en La Tolita es característica una altísima movilidad y la facilidad para entrar y radicarse en el recinto, que carece de un proyecto comunitario propiamente dicho. Esto tiene que ver directamente con la concepción de la propiedad que existe, lo cual se puede resumir en los siguientes términos: mientras que en Agua Blanca la tierra es de titulación colectiva y explotación familiar, en La Tolita no existe títulos legales de propiedad, ni siquiera privada, y esta se concibe individualmente (incluso dentro de la misma familia). En la Tolita se mantiene el derecho de usufructo de la tierra, no el derecho de propiedad, ya que no tiene ningún tipo de título de la tierra, ni colectivo ni individual. Es decir, la baja movilidad y la forma de la tenencia de la tierra son factores que han posibilitado en gran medida el éxito de la protección de los recursos patrimoniales arqueológicos en Agua Blanca y en contraste con La Tolita Pampa de Oro.



Fotografía 11: Comparación realizada en el museo arqueológico comunitario de Agua Blanca que posibilita una relación directa entre los fenotipos expuestos en un par de representaciones con cientos de años de diferencia.



Fotografía 12: Cabeza cerámica depositada en el Museo de las Culturas Aborígenes de la Fundación Cultural Cordero en la ciudad de Cuenca. Según la referencia de esta sección, esta pieza hace parte de la colección de piezas de La Tolita y se corresponde con la descripción que hacía Washo cuando mencionaba que había piezas con características fenotípicas afrodescendientes.

Pero también los contactos y la conexión que existe, tanto en términos institucionales como viales, han hecho de Agua Blanca el éxito que ahora es. La interacción con instituciones nacionales e internacionales (mediada políticamente por cabildos comprometidos con el movimiento social indígena de la costa) les ha abierto puertas a cursos y concursos en los que se pueden capacitar sobre administración de empresas comunitarias y demás. Pero esto se facilita también debido a su relativamente fácil forma de conexión con las capitales de Manabí y Guayas. Por su parte, La Tolita tiene serios problemas viales, sólo pudiendo ser contactada por medios fluviales y de ubicarse en una zona marginal para el estado ecuatoriano. Pero además, los contactos institucionales con organizaciones nacionales especialmente, tanto gubernamentales como ONG y organizaciones afroecuatorianas, han sido esporádicas y puntuales, con resultados mínimos en cuanto a su continuidad.

Otro punto de contraste lo encontramos en el medio ambiente: mientras que el ambiente árido de Agua Blanca es propicio para la conservación en condiciones mínimas de cuidado en museo e *in situ*, La Tolita, debido especialmente a las inundaciones y la humedad, requeriría inversiones mucho mayores para el mantenimiento del museo y de piezas en hueso y cerámica, tanto *in situ* como en un posible museo. Esto desmotiva a muchos inversores y a los mismos habitantes de La Tolita, los cuales ya han sufrido decepciones con respecto a los museos.

La administración de justicia en Agua Blanca es propia en gran medida, con estatutos que son reformados dependiendo de las experiencias que han tenido y de las discusiones regulares que hacen al respecto. Las casas son dispersas, no aglomeradas como en La Tolita. También hay mucho silencio y tranquilidad. Mientras que La Tolita ha venido debilitando su atracción turística, en 2002 se da un boom en el turismo en Agua Blanca, gracias en especial a la fundación FUNDES¹⁸.

Ahora bien, estos contrastes nos permiten ver cómo la apropiación pasa por las condiciones preestablecidas para cualquier fenómeno intencional: territorio, temporalidad, alteridad. La triangulación de estos tres aspectos hacen tan disímiles las experiencias entre

¹⁸ Para una descripción histórica y etnográfica más detallada de la experiencia del turismo comunitario en Agua Blanca, ver Ruiz (2009).

Agua Blanca y La Tolita, a la vez que permite ver cómo es a través del discurso arqueológico que se vincula a la población con un territorio determinado de un modo legítimo para el estado. Si en la misma época, Francisco Valdez en La Tolita hubiera compartido el conocimiento arqueológico del modo en el que lo hizo Colin McEwall (haciendo las salvedades del caso, pero abriendo el conocimiento), generando un proceso comunitario y no individualista de apropiación de ese patrimonio, tal vez aún se tendría un museo *in situ*.

Sin embargo esto es sólo una atrevida especulación, ya que el mercado de piezas en La Tolita tiene larga data y existen conexiones con Colombia que hace aún más difícil esta posibilidad. De hecho, este mismo comercio de piezas y de oro ha influido para que en La Tolita no haya una unidad política u organizativa estable. Pero lo que sí es cierto es que es a través del patrimonio arqueológico que se deja entrever cómo el estado exige algo que no cumple. Esto es lo que vamos a ver en el siguiente capítulo: cómo el estado ecuatoriano ha marginado al negro territorial y temporalmente de la historia del Ecuador, al menos de la historia de sus restos materiales.

Pero antes de eso, se debe dejar en claro que, si bien es más difícil en La Tolita generar un proceso de organización comunitaria alrededor de un museo arqueológico de lo que fue en Agua Blanca, esto no quiere decir que, a través del proceso de identificación que afloró en esta expedición colectiva (como la conexión a partir de imágenes antiguas con fenotipos actuales o la relación con el medio ambiente que conecta a dos poblaciones separadas por el tiempo) no se pueda proponer algo mejor de lo que ha propuesto el estado ecuatoriano en sesenta años.

A lo que se quiere llegar es a poner en relieve cómo los objetos significan y son valorados en una “imagería” generada en la apropiación del espacio y en la inmensa distancia temporal del pasado prehispánico. Y cómo esa apropiación del espacio los hace comparables, en esa imagería, con los antiguos habitantes, a pesar del tiempo. Es decir, la imagería se produce en la apropiación y valoración, así como apropiaciones y valoraciones también representadas en la imagería – en las que son cruciales las de la alteridad – se reafirman o desaparecen, se reproducen o se reinventan.